MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

YO, TÚ, EX

DIEZ HISTORIAS PARA TOMARSE EL DIVORCIO CON HUMOR

LIBROS CÚPULA

MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

YO, TÚ, EX

DIEZ HISTORIAS PARA TOMARSE EL DIVORCIO CON HUMOR

LIBROS CÚPULA

Para mis hijas, Maya, Olivia y Valentina
Para mi pareja, Paula
Para mi madre, Amparo

El humor no puede hacer daño.
Hay que tomarlo como un bálsamo que cura.

Álvaro de Laiglesia

El matrimonio es la principal causa de divorcio.

Groucho Marx

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Miguel Ángel Bargueño, 2022

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-3113-8
D. L: B. 12.844-2022

Impresión: Gómez Aparicio
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Advertencia (muy seria) 9
Cómo este libro ha terminado viendo la luz 11
Agustín busca piso de soltero
I. La máquina del tiempo 25
II. Operación alquiler 41
Esperanza quiere empezar una nueva relación
Acto I: Obsesión 57
Acto II: Euforia 65
Acto III: Decepción 72
Acto IV: Redención 80
Lázaro se convierte en nuevo amo de casa
El blues de la lavadora 85
La plancha con tendencias homicidas 95
No te fíes del lavavajillas 100
Entre la escoba y la pared 105
Pesadilla en la cocina 109
Lourdes se enfrenta a taladros y alicates 119
Próspero intenta reanimar su comatosa economía 155
El rescate emocional de Angustias 187

Ángel, solo y al cuidado de sus niñas pequeñas 213
La aventura del saber 220
Vamos al parque 237
A su salud 246
Guerra (con hijos adolescentes) y Paz 251
Ulises: en busca de la vida social perdida 277
Milagros (perdón, Mila) se empodera 307
Nota explicativa con agradecimientos 333

AGUSTÍN BUSCA PISO DE SOLTERO

I
La máquina del tiempo

Quiero mucho a mis padres, ni más ni menos que cualquier hijo de vecino. Es decir, ni más ni menos que cualquier hijo de vecino a los suyos, porque dudo mucho que, aunque los conozca de cruzárselos en el portal, el hijo del vecino del tercero derecha adore a mis padres tanto como yo. Aunque nunca se sabe: hay gente extremadamente cariñosa. Todos, en definitiva, queremos a nuestros respectivos progenitores, por una serie de razones también comunes. Para empezar, nos han dado la vida, lo cual es de agradecer, porque por muy perra que sea la que nos ha tocado vivir, todos experimentamos cada quince o veinte años algún suceso que nos hace suspirar: «¡Por cosas como esta merece la pena estar vivo!». Lo malo de que no se sucedan más a menudo es que no tenemos a quién quejarnos. Como si fuesen dioses, nos han creado a su imagen y semejanza, dotándonos generosamente de la nariz, el pelo y las cejas de uno y la boca, los ojos y las orejas del otro. Y oye, aunque *a priori* podría parecer improbable que las cejas de tu padre conjuntasen con los ojos de tu madre —no dejan de ser dos personas unidas al azar—, en general, la mezcla suele quedar bien, lo cual es bastante milagroso. También nos han transferido sus valores, ense-

ñándonos a ocupar un lugar digno en el mundo. Si me preguntas cómo soy, te diré que honrado, trabajador, bonachón, recto, responsable...; si le preguntas a mi ex, me calificará de terco, rencoroso, perezoso, poco dado a las expansiones afectivas, desconfiado y un tanto egoísta, conjunto de cualidades que, mira tú por donde, al principio, cuando nos conocimos, le parecieron de perlas, pero que con el transcurrir del tiempo, vete a saber por qué, detestó. Es una mujer muy voluble.

Lo malo de tener padres y quererlos es que, cuando se hacen mayores, hay que demostrarlo. Cuando eres joven no: en la plenitud de su madurez son completamente autosuficientes y basta un beso y un regalo el primer domingo de mayo y el 19 de marzo para dejar constancia de tu amor filial. Pero a partir de que entran en edades delicadas, debes empezar a hacer cosas por ellos. A fin de cuentas, es lo justo, no en vano ellos han hecho cosas por ti. Admito que a mí hay quehaceres que me cuesta realizar más que otros. No tengo inconveniente en visitarlos los fines de semana. Tampoco en sentarme a su lado, armado de paciencia, y explicarles por vigésima vez cómo funciona WhatsApp, para que dejen de enviarme audios de sonido ambiente y fotos del suelo del salón. Algo más ingrato es controlar sus pastilleros, tarea que, a menos que tengas el cerebro de un científico del MIT, no es de éxito garantizado. Pero nada me repatea tanto como el tener que sacarles dinero del cajero automático, ya que a nadie le gusta enfrentarse a esas máquinas perversas que su creador diseñó a conciencia para torturar a cualquiera que haya cumplido los setenta y cinco (he ahí un raro espécimen de alguien que no quería a sus padres), y que incluso ponen contra las cuerdas a quienes vamos camino de los cincuenta; pero es que, además, esos inventos invitan al robo callejero. Introduces la tarjeta y empieza el aluvión de preguntas: «¿En qué idioma desea que le atendamos?», «¿Cuál es su número secreto?», «¿Qué importe quiere retirar?», «¿Desea sacar dinero a débito o a crédito?», «¿Quiere que le endosemos un justificante?», «¿Le interesa conocer su saldo?»..., lo que te expone más de lo necesario al malhechor. Si por lo menos fuesen honestos, añadirían otra pantalla explicando: «Si no le importa, estima-

do cliente, vamos a entretenerle un poquito más a ver si, con un poco de suerte, pasa por aquí un ratero y le quita los billetes que acaba de sacar». Cuesta creer que se tarde menos en gastar ese dinero (la transacción en un estanco dura un minuto) que en obtenerlo, siendo tuyo. Pero es la realidad.

Queda claro, por tanto, que amo a mis padres. Pero si hoy me dieran a elegir entre vivir con ellos o debajo de un puente, tardaría un par de minutos en decidir.

No voy a airear ahora aquí los trapos sucios de mi divorcio, más que nada porque cada uno y cada una tiene los suyos, y, aun distintos, a veces derivan en las mismas lamentables consecuencias. En mi caso, una serie de funestas circunstancias me obligaron, tras la ruptura, a establecer mi residencia en casa de mis padres —aquella en la que crecí— durante una temporada.

Me río del Delorean: ¡yo sí que he viajado en el tiempo!

No he necesitado coches con motor rectificado, ni cascos con electrodos en la cabeza, ni traspasar misteriosas puertas humeantes para verme, de un día para otro, transportado a 1984.

Esa, y no otra, es la sensación que tuve hace algo más de dos años cuando, a los cuarenta y seis, reaparecí en el domicilio familiar recién separado de mi ex. Dejé las maletas en el coche: no quería que mis padres me vieran entrar como alma en pena o un pobre desterrado, lo que el voluminoso equipaje anunciaba a los cuatro vientos. Preferí entrar como si tal cosa, con las manos en los bolsillos, repartir besos lo más relajadamente posible (me faltó silbar, como hacen en las películas cómicas para disimular) y a su pregunta de: «¿A qué se debe esta visita sorpresa?», ir dando respuestas que fueran poniéndoles en situación a fin de que poco a poco se formaran una idea de lo que pasaba. Y cuando por sus ojos como platos deduje que lo habían captado, añadí: «Bueno, pues voy a bajar al coche, que tengo ahí mis cosas». ¿Has debido comunicar un fallecimiento alguna vez? Fue más o menos igual. Al que recibe la noticia hay que prepararlo. Sospecho que no se les olvidará la escena mientras vivan, ni a mí tampoco, pero dado que el daño sentimental era inevitable, la idea era evitar el tener que llamar a una ambulancia.

Y así fue como me vi propulsado de pronto a mi decorado particular de *Cuéntame*. Cuando lo único que ha cambiado en ese espacio es el aspecto de tus padres; cuando abres los ojos por la mañana y pasas revista a tu dormitorio tal y como era hace 30 años, aún decorado con tu colección de cómics Vértice, un trofeo de karts que ganaste a los catorce, la desgastada caja del Scalextric encima del armario y aquel inefable equipo de música Aiwa con doble pletina; cuando vas al baño y recuperas la antigua técnica de afeitado que consistía en abrir ligeramente una de las portezuelas del mueble de espejo para poder verte de perfil; cuando vas a lavarte las manos y debes recurrir a la obligada pastilla de Heno de Pravia que creías habían retirado del mercado... Cuando todo, el color de las paredes, el olor de la cocina, el sonido de las zapatillas de cuadros de tu padre deslizándose por el pasillo, el tresillo, los fogones..., todo, en definitiva, se te representa de forma idéntica a como era tres décadas atrás, ¿cómo no experimentar la sensación de que has viajado en el tiempo?

Una cosa he de subrayar, y si has pasado por lo mismo sabrás que no miento: tus padres te reciben con los brazos abiertos. Fingida o no, con naturalidad; hasta con cierta alegría. Podría no ser así, pues la noticia también les afecta a ellos. Es posible que no vuelvan a ver nunca más a tu ex, a quien habían cogido cariño (si tienes hijos, como yo, es la madre de sus nietos). Seguramente, en virtud de ese sexto sentido que les caracteriza (sobre todo a las madres), habrían notado en los últimos tiempos señales que delataban que la relación no iba bien (en mi caso, mi ex de vez en cuando todavía aceptaba ir a comer a casa de sus suegros, pero tenía el santo cuajo de no abrir la boca desde que entraba hasta que se iba; mis padres, dolidos, lo acataban sin rechistar). Ahora podrían verter alguna crítica hacia ella, pero no lo hacen; es más, si ponen a alguien a caldo es a ti: «Es que con ese carácter que tienes...». Te acogen de buen grado, y no porque a partir de ahora vayan a verte más el pelo o vislumbren que disponen de inopinada ayuda en sus labores, sino por amor genuino: porque saben que te estás cayendo, y que servir de colchón mullido para no hacerte daño en la caída es todo lo que pueden ofrecer al hijo o a la hija de su alma.

Entonces llega la convivencia, y esas buenas intenciones por ambas partes se van erosionando con el fragor del día a día. ¡Es la guerra!

Tras meditar mucho sobre este punto he llegado a una clara conclusión: vivir con tus padres después de un divorcio es un infierno porque son compañeros de piso no elegidos. Eso propicia que te sientas siempre un poco incómodo. De buenas a primeras te ves expuesto a un montón de costumbres muy arraigadas que chocan con tu estilo de vida, pero que no sería de recibo cuestionar. Hay cien mil cosas que tú harías de forma distinta. Y a la humillación de dormir en tu cama de adolescente se une la afrenta de tener que acatar horarios de comida y cena o no poder apropiarte del mando a distancia a la hora de los culebrones turcos...

No cabe sino admitir que tu regreso desestabiliza sus rutinas. Si antes se hacía la compra para dos, de ahora en adelante se hará para tres. Pero en este apartado conviene diferenciar entre los productos que comparten todos los convivientes (como el papel higiénico; cada uno un trozo distinto, se entiende) y aquellos que se destinarán a tu uso y disfrute (como un buen cargamento semanal de latas de cerveza). En lo que a estos últimos se refiere, no hay conflicto posible, siempre y cuando te sufragues las cervezas, el café que te gusta, el tipo de pan para tus tostadas del desayuno o alguna de esas nuevas modalidades de leche: sin lactosa, de soja, de almendras, de avena, enriquecida, ultrafiltrada, con calcio, de cabra, ecológica, de pastoreo, que se han unido a las tradicionales entera, semidesnatada y desnatada no para contribuir a una alimentación saludable, ni por razones organolépticas, estoy convencido, sino para que nos sintamos únicos eligiendo la más rara.

Los problemas vienen con los productos compartidos. Por más que agradezcas a tus padres que te hayan acogido en su domicilio, llega un momento en que dejas de transigir con determinadas cosas. A mí me ocurrió con el atún y la leche (no soy maniático de lácteos, y la entera que consumían me parecía perfecta). Como habrás podido deducir, detrás de la decisión de vivir con

mis padres había cierto grado de descalabro económico. En esa etapa de zozobra me había acostumbrado a comprar marcas blancas, que, como las banderas blancas, las voces blancas y la ropa blanca, inspiran confianza (las armas blancas son la excepción que confirma la regla), y como todo buen ahorrador sabe, están fabricadas por las mismas empresas que producen las marcas de colores o más caras. Saben incluso mejor, cuando piensas en lo bien que le sientan a tu cartera. Como a mis padres tampoco les salía el dinero por las orejas, y mi retorno de algún modo suponía una carga para ellos, colegí que esas marcas más asequibles eran la mejor opción en el supermercado.

Explícale tú a una señora de ochenta años qué son las marcas blancas y trata de convencerle de que hay más etiquetas de atún que Calvo y de leche que Pascual. Con la edad todos somos más refractarios a los cambios; nos volvemos más tozudos, y aquel día pude constatarlo en su versión más extrema.

—Mamá, ya puede caerse España abajo que tú sigues con tu atún Calvo y tu leche Pascual —dije, como puede apreciarse con mucha mano izquierda. De fondo teníamos el culebrón turco de última hora de la tarde.

—Me gustan.

—Imagino. Pero son muy caras. ¿Por qué no compramos marcas blancas? Salen más baratas y no está la cosa para derrochar. Todo el mundo las compra. ¡La gente se está apretando el cinturón!

—A mí me gustan estas.

—¡Pero si son los mismos fabricantes, mamá! —exclamé ya ligeramente acalorado.

—Anda, anda... —dijo con desfachatez, poniendo en duda los estudios de la OCU.

—¡Que sí! Mira... —Tecleé en Google «marcas blancas fabricantes» y me apareció un artículo en que se especificaban—. ¡Aquí lo pone! ¡La leche de El Corte Inglés es de Central Lechera Asturiana! ¡Esa leche es leche buena! ¡Es de las mejores!

—Pero ¡cómo va a ser la misma! —repuso, incrédula—. Entonces ¿por qué es más barata?

—Mamá —respondí, tratando de tranquilizarme y buscando las palabras para exponer complicados tejemanejes comerciales—. Los supermercados llegan a acuerdos con los fabricantes; estos se aseguran de vender millones de litros a las grandes superficies y ajustan el precio.

—¿Cuánto más baratas son?

—Bueno..., unos céntimos.

—Hijo mío, por unos céntimos no vale la pena.

—Pero, mamá, céntimo por aquí, céntimo por allá...

—Pero a mí me gustan estas.

—¡Que son las mismas!

—Que no.

Y para rematar el diálogo besuguiano, agregó:

—Además, no voy a ponerme a buscarlas en el supermercado. Estas ya sé dónde están.

—Mamá, dedicarías tiempo a buscarlas *el primer día.* La segunda vez ya las tendrías localizadas.

—Que no.

Que no, que no y que no.

El gazpacho, por supuesto, debía ser el de Belén Esteban.

—Mamá, hay gazpachos buenísimos de marca blanca...

—Este es que lo hace ella.

—¡No te lo crees ni tú!

—Que sí, que salió en televisión haciéndolo en su casa...

—Claro, ¡y allí los produce por hectolitros! No te digo...

—No, lo hacen en una fábrica siguiendo su receta.

—Pero qué receta ni qué receta. Mamá, me apuesto lo que quieras a que Belén Esteban no ha preparado un gazpacho en su vida.

—Que lo vi yo..., salió por la tele.

—¡Claro, para anunciarlo y que señoras como tú se lo crean y lo compren!

—Además, está muy rico.

En otra ocasión hice yo la compra por Internet. Cuando llegó, el papel higiénico no era de su gusto.